

*La imagen de España y los españoles en Estados Unidos de América**

CAROLYN P. BOYD
Catedrática de Historia de España
Universidad de California (USA)

Después de aceptar la invitación del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Valladolid a participar en este seminario internacional, experimenté un momento de duda al darme cuenta de que en realidad no sabía cuál es la imagen de España y de los españoles en Estados Unidos en este momento. Mis amigos tampoco podían ayudarme. En contraste, hace cien años la imagen de España en mi país, sí que estaba muy clara. La mayoría de los estadounidenses creían saber mucho de España y se sentían capaces de describir el carácter nacional español y las fuerzas históricas que lo habían conformado. Por lo tanto, lo que quisiera hacer en esta conferencia es examinar esta discrepancia, entre la vaguedad de hoy y la claridad del siglo pasado. ¿Cómo ha evolucionado, y por qué se ha disminuído en claridad, la imagen de España en Estados Unidos durante el último siglo?

Empecemos con la imagen de España y de los españoles entre los norteamericanos de hace cien años. Durante el siglo XIX esta imagen consistía en dos estereotipos muy claros, pero contradictorios. El primero era negativo. Fue el legado del siglo XVI, cuando la rivalidad política, religiosa y comercial entre Inglaterra y España y la propaganda protestante crearon la así llamada Leyenda Negra. En el discurso de la Leyenda Negra, los españoles se distinguían por su crueldad, fanatismo, codicia y arrogancia; la prueba de su carácter intolerante y despótico los enemigos de España la encontraron en la Inquisición y la explotación colonial de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo.¹

Las colonias norteamericanas, y después los Estados Unidos, echaron mano de la Leyenda Negra como arma de combate en su lucha con España para conseguir la hegemonía hemisférica. Pintar a los españoles como el mal encarnado le permitió a la nueva república americana perseguir sus intereses geopolíticos bajo el pretexto de una cruzada moral. Al comparar la colonización española con la inglesa en términos muy desfavorables para aquélla, los norteamericanos pretendieron justificar tanto su apoyo a la independencia de las colonialistas latinoamericanas como la proclama-

* Conferencia pronunciada en el I Seminario Internacional "La imagen de España y de los españoles en el mundo". Valladolid, noviembre de 2001.

¹ Philip Wayne Powell, *Tree of Hate: Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World* (New York, 1971); see also José Alvarez Junco, "España: el peso del estereotipo," *Claves de Razón Práctica* (dic. 1994), 2-10.

ción de la Doctrina Monroe de 1823. Al transferir el estereotipo negativo a los mejicanos, los colonialistas anglosajones en Tejas legitimaron su guerra de independencia contra Méjico en 1836. Del mismo modo la Leyenda Negra fue el pretexto de la Guerra Mexicana de 1846-48 y la intervención norteamericana en Cuba 50 años más tarde.

Sin embargo, al mismo tiempo que fomentaban el estereotipo negativo de la Leyenda Negra, los americanos empezaron a desarrollar otra imagen de España más positiva—la de la España Romántica. Esta imagen, que se nutría del entusiasmo por lo exótico, lo primitivo, y lo natural característico de la primera mitad del siglo XIX, fue el anverso de la Leyenda Negra: vistos con otra sensibilidad, los supuestos vicios del pueblo español se apreciaban como virtudes. Para la sensibilidad romántica, España parecía ofrecer una alternativa a la vida burguesa excesivamente civilizada y monótona. Se imaginaba la península o como un paisaje desolado y salvaje poblado de bandidos, mendigos y frailes, o como un paraíso oriental en que gitanos, hidalgos, y mujeres sensuales y misteriosas se abandonaban a sus pasiones. *Don Quijote*, la gran novela de Cervantes, que se leía mucho en los Estados Unidos en el siglo XIX, también proporcionó ideas románticas sobre la tierra y el carácter españoles.

Lo que pensaban los norteamericanos de los españoles muchas veces variaba con la región. Donde la rivalidad con España o Méjico continuaba, como por ejemplo en las zonas fronterizas del Oeste y Suroeste, la Leyenda Negra retenía su fuerza. En las zonas urbanas del Este, lejos de la frontera, florecía la imagen de la España Romántica. Pero por encima de estas diferencias regionales, se creía universalmente en un *tipo español* singular e invariable, a que se debía tanto la grandeza como las miserias del imperio español. Al atribuir el estereotipo negativo a las clases dominantes en España y reservar la imagen positiva para sus supuestas víctimas —el pueblo oprimido y amante de la libertad—, los norteamericanos conseguían armonizar las dos imágenes contradictorias en una identidad nacional “español”.

En todo caso las contradicciones internas no suelen preocupar a los que creen en los estereotipos, puesto que la función social de las identidades nacionales no es retratar científicamente a todos los grupos humanos, sino consolidar la identidad del grupo a que uno pertenece y diferenciarlo de los demás. La mayoría de las identidades nacionales se construyen en oposición a un “otro” imaginado, porque para hablar de “nosotros,” un pueblo tiene que inventar su opuesto, “ellos.” Es decir, las identidades nacionales son construcciones culturales que en los estados contemporáneos sirven para fomentar el patriotismo y forjar la solidaridad social frente a enemigos reales o imaginarios.

Para los norteamericanos, los españoles representaban los “otros” que les permitían perfilar su identidad como comunidad nacional. Como una nación nueva compuesta de inmigrantes, los Estados Unidos no podía definirse como una comunidad histórica o étnica; tenía que definirse en términos morales y providenciales.

La España depravada y degenerada de la Leyenda Negra ofrecía el contraste necesario para consolidar la imagen virtuosa de que presumían las élites anglosajonas y protestantes de los Estados Unidos. Los puntos de contraste entre la auto-definición de los americanos y la identidad imaginada de los españoles eran múltiples. La nueva nación norteamericana era una república liberal y democrática; España, una monarquía católica, intolerante y antidemocrática. Los Estados Unidos era un país rico, debido al carácter trabajador, económico y templado de sus ciudadanos. Los españoles, en cambio, debían su pobreza a su indolencia, ignorancia y afán de lujo. Desde sus orígenes, la sociedad norteamericana se basaba en la tolerancia religiosa y el respeto al individuo, mientras la colonización española había producido una “eslavocracia” en que una clase dirigente oprimía a indios y españoles pobres. Otro contraste surgía al comparar las actitudes raciales de las dos sociedades. Sobre todo en California y Tejas, los anglo-americanos criticaban la mezcla de razas en las antiguas colonias españolas. Según los tejanos, en Méjico, el mestizaje había producido “una raza imbecil y pusilánime...incapaz de guiar los destinos de este bellos país.” En consecuencia, la guerra con Mexico fue “una guerra de barbarie y de principios despóticos, hecha por las razas mestizas indio-hispanas y negras, contra la civilización y la raza anglo-americana.”²

La imagen negativa de los españoles se transmitía a la juventud en las escuelas públicas por libros de texto escritos para conformar el carácter nacional y fomentar el patriotismo.³ Otra fuente de ideas negativas sobre España en la primera mitad del siglo XIX fueron los historiadores que escribían para un nuevo público de lectores. El primer gran historiador de España en Estados Unidos fue William H. Prescott, que publicó su primer libro, una historia de los Reyes Católicos, en 1837. Luego escribió otros libros muy populares sobre la conquista de Méjico y el reinado de Felipe II.⁴ Prescott contrastaba España, el símbolo del mundo viejo en declive, con los Estados Unidos, el país del porvenir; esta imagen llegó a tener tanta influencia en la historiografía norteamericana sobre España que el historiador Richard Kagan la ha bautizado “el paradigma de Prescott.”⁵ Otros autores que se aprovecharon de la historia desgraciada de España para ensalzar la superioridad de los Estados Unidos fueron John Lothrop Motley, que publicó sus tres tomos sobre “el ascenso de la

² David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, 1992), 337, 339.

³ Ruth Miller Elson, *Guardians of Tradition: American Schoolbooks of the Nineteenth Century* (Lincoln, Neb., 1964); véase también Rafael Sánchez Mantero, et al., *La imagen de España en América, 1898-1931* (Sevilla, 1994), y Frances FitzGerald, *America Revised: History Schoolbooks in the Twentieth Century* (Boston, 1979).

⁴ William H. Prescott, *The History of the Reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic* (Boston, 1837); *The Conquest of Mexico* (New York, 1843); *The History of the Reign of Philip the Second, King of Spain* (Boston, 1855-58).

⁵ Richard L. Kagan, “Prescott’s Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain,” *American Historical Review* 101, 2 (April 1996): 423-46.

república holandesa” en 1856 y Henry Charles Lea, que publicó cuatro tomos sobre la Inquisición española entre 1906 y 1907.⁶

Prescott jamás visitó la península, pero los norteamericanos que sí lo hicieron volvieron a casa con ideas mucho más positivas sobre España y los españoles. Los autores de la literatura viajera en que se forjó la imagen de la España Romántica muchas veces provenían de familias privilegiadas de Boston, Nueva York o Filadelfia que despreciaban, a la vez que temían, las tendencias en la sociedad norteamericana hacia la democratización del poder y de la riqueza. En España escritores como Washington Irving encontraron la antítesis de la vulgaridad y materialismo que tanto les ofendían en su propio país. Andalucía, sobre todo, les fascinaba; era “una tierra como un mapa histórico—llena de historia y romance, donde lucharon moros y cristianos.”⁷ El retrato de la Alhambra escrito por Irving está saturado de orientalismo; el autor habla constantemente de lo “arabesco,” lo sublime, y lo pintoresco.⁸ A estos escritores y a los lectores que compraron sus libros, los españoles les parecían gentes primitivos y exóticos—llenos de gracia, candidez y poesía—y cuya dignidad y estoicismo les habían permitido aguantar los siglos de tiranía estatal y clerical.

La cumbre del aprecio por la cultura y el carácter españoles en el siglo XIX se alcanzó en 1892, con el cuarto centenario del viaje de Colón. Pero sólo un año después, la rebelión cubana reavivó la Leyenda Negra. Después de la Guerra del 98 un libro conmemorativo explicó al público norteamericano que en la guerra se habían enfrentado el bien y el mal: “La civilización contra el barbarie, la libertad contra la opresión, la educación contra la ignorancia, el progreso contra la retrogresión, el Occidente contra el Oriente, los Estados Unidos contra España... España es el turco del Occidente.”⁹

La resuscitación de la Leyenda Negra fue breve. Puesto que España ya no representaba una amenaza para los intereses norteamericanos en las Américas, después del cambio de siglo se notó una nueva ola de entusiasmo por la cultura española en Estados Unidos. Los nuevos habitantes de regiones marcadas por el crecimiento urbano rápido, como California, Texas, y Nuevo Méjico, buscaron la tradición y la continuidad en la “recuperación” de una herencia cultural española inventada. Se imaginaba el pasado español como una edad de oro de tranquilidad y sencillez pastoral. De la California hispánica, el historiador Hubert Howe Bancroft escribió en 1880 que “Ni antes ni después hubiera en Estados Unidos un lugar donde la vida fuese una fiesta larga y feliz, donde hubiera menos trabajo, menos inquietud o dolor.”¹⁰ En estas regiones toda la arquitectura doméstica y cívica conforma-

⁶ John Lothrop Motley, *The Rise of the Dutch Republic: A History* (New York, 1856); Charles Henry Lea, *A History of the Inquisition of Spain* (New York, 1906-07).

⁷ Kagan, “Prescott’s Paradigm,” 426.

⁸ Washington Irving, *The Alhambra* (Tarrytown, N.Y., 1982; 1a edición 1832; 1a. ed. rev., 1851).

⁹ Trumbull White, *Pictorial History of Our War with Spain for Cuba’s Freedom* (Chicago, 1898), 529.

¹⁰ Weber, *Spanish Frontier*, 341.

ba al estilo llamado *Mission Revival*; no se veía más que tejados rojos, arcos, patios, balcones, fuentes, y calles bautizadas con nombres españolas, las más de las veces mal deletreados y pronunciados. Esta tendencia se llevó al último extremo en Santa Fe, una ciudad vieja completamente re-imaginada y reconstruida en los años 20 de este siglo. Las misiones franciscanas de California, que se habían dejado caer en ruinas, se restauraron y se recordaron como lugares de devoción y sacrificio (y no como recintos de superstición y fanatismo, como antes se las imaginaba). De la misma manera, se recordaron las haciendas de los californios como comunidades basadas en la armonía de clases, y no en la explotación. Para fomentar el turismo, se resuscitaron o se inventaron fiestas y desfiles españoles. Un historiador de la Universidad de California, Herbert Eugene Bolton, retocó la imagen del colonialismo español en norteamérica. Los libros de Bolton alababan “el genio fronterizo” de los españoles y documentaban las contribuciones positivas de la civilización española a la cultura y las instituciones norteamericanas.¹¹ Al mismo tiempo, el estudio de la lengua y la literatura españolas en la enseñanza media y universitaria empezó a acelerarse, a expensas del francés y el alemán. Se tradujeron al inglés obras de autores españoles contemporáneos como Blasco Ibáñez, Baroja, Pardo Bazán, Unamuno y Pérez de Ayala.

La mejora de las carreteras y los hoteles turísticos en España durante los años 20 impulsó el turismo norteamericano a la península y generó una nueva oleada de literatura viajera. Uno de los más influyentes de estos libros fue *España Virgen*, por el reformador socialista Waldo Frank. En prosa impresionista y romántica, Frank celebraba el carácter “orgánico” de la sociedad española. Tengo aquí una cita que capta bien el tenor de su estilo hiperbólico:

Su desarrollo personal le trae [al español] la integridad personal, un orgullo personal verdadero que no se encuentra en Europa. Tiene dignidad natural. Cualquiera que sea su categoría, es un caballero: un microcosmo fiel de la nación española. En el no hay artificio. Es limpio, dueño de sí mismo, e independiente. En sus venas corre el impulso del heroísmo; en su mente están el conocimiento y la aceptación del precio del heroísmo. La cobardía, la transacción, la hipocresía son características de razas más sociales.¹²

Quizá el escritor que más hizo para propagar la imagen romántica de España en el siglo XX fuera el novelista Ernest Hemingway, que visitó España por primera vez en 1923 y inmediatamente se enamoró del paisaje, de los españoles y, sobre todo, de los toros. Desde su primera novela importante, *Fiesta*, publicado en 1926, hasta su último libro, *El Verano Peligroso*, publicado en 1985, Hemingway enseñaba al público americano que en España se preservaba una forma de vida natural,

¹¹ Herbert Eugene Bolton and Thomas Maitland Marshall, *The Colonization of North America, 1492-1783* (New York, 1920).

¹² Waldo Frank, *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People* (New York, 1926), 243.

genuino y viril que se había desaparecido en Europa y Estados Unidos. En su opinión, España era “el último país bueno” y el pueblo español, “el único pueblo bueno que queda en Europa.” En España, con su “concepto festivo de la vida,” los hombres envenenados por las ciudades, las máquinas, y el dinero podrían recobrar su salud. El vino, las mujeres, el sol, la sangre, la muerte simbolizaban para él y para varias generaciones de norteamericanos la esencia de España.

Sin embargo, merece la pena señalar que la imagen de la España romántica no fue exclusivamente una invención norteamericana. Al contrario, se cultivó también por los españoles –sobre todo, los españoles tradicionalistas que se oponían a la modernización– la “europeización” de la vida política, social y cultural de España. Desde el siglo XVIII, algunos españoles intentaban defender sus privilegios y las relaciones de poder existentes por medio de una llamada a la tradición y en nombre de una identidad nacional uniforme supuestamente amenazada por traidores nacionales o extranjeros. Además, a partir del 98, el pensamiento español del siglo XX estaba obsesionado con “el problema” o “el ser” de España, lo que reforzó la tendencia de los americanos de creer que la identidad nacional española no hubiera cambiado jamás a través de los siglos.

Los estereotipos tradicionales afectaron la manera en que los norteamericanos entendieron el advenimiento de la Segunda República y el estallido de la guerra civil cinco años más tarde. Por una parte, los americanos conservadores atribuyeron el fracaso de la República al carácter español. En Sevilla el consul estadounidense informó al gobierno norteamericano que, por ser la mentalidad española hostil a la democracia, no fue posible “conceder el sufragio universal sin introducir en el cuerpo político el comunismo o el anarcosindicalismo.”¹³ Por otra parte, los norteamericanos que simpatizaban con la República, como el embajador Claude Bowers, vieron la guerra como el resultado inevitable de siglos de gobierno opresivo. “No es una guerra civil corriente,” escribió Bowers al secretario del Estado en septiembre de 1936. “Es una batalla entre el siglo XVI y el XX, entre la aristocracia y la nobleza y la iglesia más reaccionarias del mundo y el pueblo, y el pueblo entiende la importancia de la lucha.”¹⁴ La revista *Life*, como la mayoría de la prensa norteamericana, interpretó la guerra civil como la lucha de un pueblo oprimido contra una clase dirigente “irresponsable, arrogante, presumida, ignorante, holgazana e incompetente.”¹⁵ Para muchos americanos la muerte del poeta Federico García Lorca a manos de la Guardia Civil no fue más que el último capítulo de una larga historia de tiranía y oscurantismo. Los estereotipos dominan la película documental, “La Tierra Española,” escrita por Ernest Hemingway para recaudar dinero por la

¹³ Richard P. Traina, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, Ind., 1968), 73-74.

¹⁴ Douglas Little, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War* (Ithaca, N.Y., 1985), p. 249.

¹⁵ Allen Guttman, *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War* (Glencoe, Ill., 1962), 62.

causa republicana, que pinta a la España rural y virtuosa como la víctima de la modernidad en su aspecto fascista: las escenas en que los campesinos construyen un sistema de riego primitivo para traer agua y vida a sus tierras secas están contrapuestas a las escenas en que las máquinas de guerra modernas traen la muerte.

Al mismo tiempo, la tendencia de entender la guerra civil en términos de la crisis internacional de los años 30 hizo que se olvidaran las causas *españolas* del conflicto. Los americanos que simpatizaban con la República interpretaron la guerra civil como una lucha entre el fascismo internacional y la democracia; en cambio, los conservadores y muchos católicos creían ver en la República el primer paso hacia la conquista de España por el comunismo. En su opinión, Azaña era el Kerevsky español. Ya en 1931, el embajador norteamericano Laughlin advirtió que “las falsedades comunistas han captado la mentalidad del siglo XVII del pueblo español.”¹⁶ En 1937 la jerarquía católica de los Estados Unidos prestó apoyo oficial a la “Carta colectiva” de los obispos españoles en que se refería a la rebelión militar como un “plebiscito armado” contra un ataque comunista.

El debate público en los Estados Unidos sobre el significado de la guerra civil española fue tan encarnizado que un historiador lo ha comparado a una “guerra santa.”¹⁷ Sin embargo, las dos terceras partes de los americanos que respondieron a una encuesta hecha en febrero de 1937 profesaron ser indiferentes con respecto al resultado de la guerra. Más fuerte que todas las pasiones ideológicas fue el temor de una nueva guerra global. Fue el aislacionismo arraigado del pueblo norteamericano, y el deseo de congraciarse con Gran Bretaña, que perseguía una política de no intervencionismo en España, lo que determinó la política norteamericana hacia la República. De igual importancia en la decisión de mantener la neutralidad estricta fue la así llamada Política del Buen Vecino hacia Latinoamérica. Las repúblicas latinoamericanas no coincidieron en sus posturas hacia el conflicto español y el presidente Roosevelt no quería ofender a ninguna de ellas. Es decir, lo que determinó la política norteamericana hacia España en los años 30 fueron los intereses externos a España misma.

Se podría decir lo mismo de la política norteamericana durante la dictadura franquista. A pesar de que los dos presidentes, Roosevelt y Truman, y la mayoría de los ciudadanos americanos, creían que Franco gobernaba contra la voluntad del pueblo español, lo que determinó la política de los Estados Unidos en un primero momento fue el deseo de evitar que España abandonara su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial. Más tarde fue la política de la Guerra Fría. El presidente Truman, en particular, odiaba a Franco por su hostilidad hacia la masonería y el protestantismo, pero no tomó medidas contra el régimen por temer que su caída abriera paso a una dictadura comunista. La falta de unidad entre los republicanos en el exilio y el desacuerdo entre los aliados sobre qué tipo de gobierno debe instalarse en España, después de Franco, también contribuyeron a la decisión de no

¹⁶ Little, *Malevolent Neutrality*, 61.

¹⁷ Guttman, *Wound in the Heart*.

hacer nada más que aislar al régimen diplomáticamente y esperar que se cayera de su propio peso.

Al final, como todos sabemos, Franco pudo aprovecharse de las tensiones de la Guerra Fría. A pesar del disgusto por el régimen que sentían los liberales norteamericanos y las democracias europeas, al gobierno norteamericano le pareció más importante la posición estratégica de España que los intereses y opiniones de los españoles. Como dijo un senador republicano: “Para todos los efectos España es un enorme campo de aviación de 195,000 millas cuadradas rodeado de agua.”¹⁸ La presentación de Franco como el “centinela de occidente” ofreció más argumentos a los políticos y militares que querían incluir España en la alianza antisoviética. Después del voto en la ONU que puso fin al aislamiento diplomático del régimen en 1950, el *lobby* español en el Congreso tenía la vía libre para negociar el acuerdo ejecutivo de 1953 que autorizó la construcción de tres bases aéreas y una base naval en territorio español. Durante los próximos 20 años, el gobierno norteamericano gastó casi tres mil millones de dólares en construir y mantener las bases militares. La preservación de las bases fue el factor determinante de toda la política norteamericana en esta época; como consecuencia, se desatendió la oposición manifiesta de muchos españoles al régimen, porque parecía más segura la estabilidad garantizada por la dictadura que otras alternativas posiblemente más conflictivas. Así que, en 1975, el año en que debía renovarse el acuerdo militar, el presidente Ford visitó a Franco y una vez más patrocinó la entrada de España en la OTAN. En el clima de inseguridad que rodeaba el régimen mientras Franco agonizaba, algunos críticos de la política exterior estadounidense creían que el gobierno norteamericano pudiera intervenir militarmente en la península para asegurar sus intereses geopolíticos, tal como había hecho en Vietnam.¹⁹

Cuando los diplomáticos y militares tenían que defender su apoyo al régimen autoritario de Franco, sacaban los viejos tópicos. Por una parte, insistían en que los españoles eran hiperindividualistas que no sabían autogobernarse; la historia enseñaba que en España la libertad siempre se abusaba para convertirse en licencia. Por lo tanto, los españoles preferían la dictadura a su alternativa, el desorden. Al mismo tiempo, los tímidos pasos del régimen hacia la liberalización en los años 60 les permitía a los defensores de la política norteamericana aseverar que el régimen franquista ya no era una dictadura. No hace falta decir que estas dos afirmaciones eran incompatibles. Lo que indican es que en los medios gubernamentales se seguía pensando en España como un país marginado de Europa por su peculiaridades nacionales.

La imaginación popular en Estados Unidos también se gobernaba por los estereotipos tradicionales. Inmediatamente después de la guerra civil, la imagen de la

¹⁸ Theodore J. Lowi, *Bases in Spain: Inter-University Case Program #3* (Indianapolis and New York, 1963), 17.

¹⁹ Samuel Chavkin, Jack Sangster, and William Susman, eds., *Spain: Implications for United States Foreign Policy* (Stamford, Conn., 1975).

España inquisitorial –retrógrada, pobre, y despótica– volvió con toda su fuerza original. Al entrar en España, desde Francia en 1954, el escritor africano-americano Richard Wright creía haber llegado a un planeta extraño. En *España pagana*, el libro que escribió después de su viaje, Wright dice que España no es un país occidental, porque no tiene vida laica. España, dice, “es un estado tan sagrado e irracional como el estado sagrado de los Akan en la selva africana.”²⁰ Pero la mayoría de los norteamericanos de izquierdas no seguían a Wright en rechazar toda la sociedad española. Reservando la imagen negativa para el estado y la iglesia españoles, encontraron en el heroico y abnegado pueblo español el alma de la España Romántica. En los años 60 la izquierda estadounidense descubrió la revolución anarcosindicalista de 1936. La lucha de los campesinos y obreros españoles contra el fascismo se vió como el antecedente de la lucha de los campesinos vietnamitas para librarse del imperialismo occidental. Sin embargo, hay que notar que en estos mismos años una nueva generación de historiadores profesionales en los Estados Unidos empezó a analizar los orígenes políticos y sociales de la guerra civil española sin recurrir a los viejos tópicos. Aunque sus simpatías estaban con la República, intentaron acercarse al tema sin tomar partida. Pero hay que reconocer también que estos hispanistas investigaron la historia política y social de España dentro de un modelo teórico que entendía la democracia como la meta final de la historia contemporánea europea. Medida contra este modelo, España parecía haber fracasado como país moderno. La tarea de estos historiadores, por lo tanto, era explicar los raíces de la desviación española del desarrollo normativo.²¹

Merece la pena insistir una vez más en que el tópico de la “diferencia española” no fue exclusivamente el producto de los prejuicios extranjeros, sino que también se fomentó por el régimen franquista. Volviendo al revés el estereotipo negativo, el régimen celebró la pobreza y subdesarrollo económico de la posguerra como emblemas de las virtudes raciales de espiritualidad, austeridad y sacrificio. Según los publicistas nacional-católicos, España tenía una misión universal de ejemplaridad en un mundo corrompido por el materialismo marxista y capitalista. En los años 60, el lema turístico “España es diferente” refería a otro tipo de diferencia, uno que prometía el placer y el exotismo a los que querían escaparse de las rutinas de las sociedades urbanas e industriales de Europa y América. La campaña turística definió “lo español” según los tópicos de la cultura andaluza: los gitanos, el flamenco, los toros, y la moral de “mañana.” El cúmulo de esta campaña en Estados Unidos fue el pabellón español en la Feria Mundial de Nueva York en 1964, que lucía flores, guitarras, tapas y mariscos, coros y danzas catorces veces al día, la espada del Cid, la Maja desnuda, y en la entrada, una estatua de Isabel la Católica de dos metros de altura. Fue la fiesta más cotizada de la Feria y ayudó mucho a borrar la imagen negativa de España que prevalecía desde la guerra civil.

²⁰ Richard Wright, *Pagan Spain* (London, 1960), 165.

²¹ Carolyn Boyd, “El hispanismo norteamericano y la historiografía contemporánea de España en la dictadura franquista,” *Historia Contemporánea* 20 (2000), 103-16.

La diferencia española se celebraba en dos libros que alcanzaron un público amplio en los años 60: *La Presencia de España*, por la ensayista británica Jan Morris, e *Iberia*, por el novelista James Michener. La prosa mística de Morris coloca España en un espacio completamente alejado del mundo moderno. “En este país,” escribe, “todo parece intensificado, como si por una droga, y la gente en particular parece ser más cruel, más terca, más simpática, y siempre más grande...la calidad misma de la hispanidad es la sustancia difícil de captar, pero siempre vivaz, que te rodea inmediatamente después de cruzar la frontera.” En otro capítulo del libro Morris afirma que en España, “la autocracia representa el orden natural de las cosas—orgánica, hereditaria, criada en los huesos, tan parte del clima española como el calor muerto del verano castellano, o aquel viento a filo de cuchillo que te penetra por debajo de las costillas.” La transición a la democracia después de la muerte de Franco no le hizo cambiar de opinión, pues la repite en la edición corregida de su libro publicada en 1979.²² El libro de Michener es más concreto y sensato, y intenta complicar las ideas simplistas sobre el país. Sin embargo, Michener repite dos de los mitos más enraizados sobre España: primero, que los españoles son en su misma esencia diferentes de los demás pueblos europeos, y segundo, que los españoles son, a virtud de aquella esencia, incapaces de gobernarse, un defecto que Michener atribuye a su contacto extendido con el mundo musulmán.²³ En los dos libros, que todavía se leen mucho en Estados Unidos, se nota el temor de que “la España diferente” vaya a desaparecer bajo la presión de la modernización. Pero ni Michener ni Morris intenta armonizar este temor del cambio con su fe esencialista en una identidad española que no cambia nunca.

La literatura viajera todavía hace un papel importante en la transmisión de imágenes de España al público norteamericano, porque relativamente poca gente viaja a España. En el 2000, 1,2 millones de turistas norteamericanos visitaron España—más del doble de los que la visitaron hace diez años. Sin embargo, este número representa sólo el diez por ciento del total de turistas norteamericanos que visitaron Europa Occidental el año pasado. La proporción relativamente baja se explica en parte por la historia de la inmigración a Estados Unidos y por el interés norteamericano por lo que se llama “el turismo de herencia:” mientras millones de norteamericanos son de ascendencia británica, alemana o italiana, poco son de origen español.²⁴ Los que van a España por motivos profesionales o comerciales son relativamente pocos también. Aunque España es el destino predilecto de los jóvenes norteamericanos que estudian en el extranjero, sólo una proporción pequeña de la población universitaria tiene la oportunidad de estudiar fuera del país. El progra-

²² Jan Morris, *Spain* (London, 1979; 1a edición 1964), 31, 146.

²³ James A. Michener, *Iberia: Spanish Travels and Refelctions* (Greenwich, Conn., 1968).

²⁴ United States Census Bureau, “Region and Country or Area of Birth of the Foreign-Born Population with Geographic Detail Shown in Decennial Census Publications of 1930 or Earlier: 1850 to 1930 and 1960 to 1990,” at www.census.gov/population/www/documentation/twps0029/tab04.htm. Viewed on 2 October 2001.

ma Fulbright entre Estados Unidos y España es el más grande del mundo, pero el número de españoles posgraduados que van a Estados Unidos bajo sus auspicios es mucho mayor que el número de norteamericanos que estudian en España. En total, son pocos los estadounidenses que conocen España de primera mano.

Por lo tanto, debido al turismo y los anuncios, el andaluz todavía representa el español típico en la imaginación americana, que en general no es consciente de que haya en España varias nacionalidades y culturas regionales. Los juegos olímpicos de 1992 hicieron que se diera cuenta de una identidad nacional catalana, y los atentados de ETA han hecho lo mismo para el nacionalismo vasco. Un nuevo libro por el periodista norteamericano Mark Kurlansky, que se titula “Una historia vasca del mundo” presenta una imagen muy positiva de los vascos, a los que pinta como víctimas de la España inquisitorial.²⁵ Sin embargo, la mayoría de los estadounidenses piensan en los “españoles” como una nacionalidad homogénea, como los “franceses” o los “alemanes.” La famosa indiferencia de la prensa norteamericana hacia los asuntos internacionales hace que pocos tengan la oportunidad de leer algo sobre España que no sea un atentado, un desastre natural, o una visita del rey o del jefe del gobierno. Aunque el 56 por ciento de los libros en lengua castellana que se importan en Estados Unidos son libros editados en España, pocas novelas o ensayos españoles contemporáneos están traducidos al inglés. En teatro, las únicas obras estrenadas con regularidad son las de García Lorca, que no hace más que reforzar los antiguos estereotipos de la España tradicional. Lo mismo puede decirse del *Quijote*. Pocos americanos ya lo leen, pero todos reconocen la imagen del hidalgo idealista y su sirviente leal.

Pero si pocos americanos conocen la realidad española, es también el caso que los antiguos estereotipos tienen menos vigencia que hace 100 años. Aunque no sepan mucho de España, saben que el tópico de la España inquisitorial ya no sirve para caracterizar un país que ha hecho la transición de una dictadura a una monarquía democrática y constitucional, y cuya economía ocupa el puesto número 10 en la lista de las economías industriales más grandes del mundo. Saben que España es miembro de la OTAN y de la Unión Europea y por lo tanto, ha dejado de existir a la periferia de Europa. El presidente actual de los Estados Unidos inauguró su primer viaje oficial a Europa con una visita a José María Aznar. Bajo estas condiciones hablar de la “España inquisitorial” es imposible. Los españoles ya son demasiado como “nosotros” para que los veamos claramente como “ellos.”

Pero para entender la desaparición de los antiguos estereotipos españoles, hay que tomar en cuenta también los cambios en la sociedad norteamericana en los últimos 25 años, cambios que han desautorizado el antiguo consenso sobre la identidad y el destino nacionales. Aunque es verdad que estamos viendo el resurgimiento del patriotismo a raíz de los atentados del 11 de septiembre, el nacionalismo como fuerza cultural y política ha disminuído en general. Los flujos inmigratorios han alterado la demografía y la cultura del país; las migraciones internas han redistribuído los centros de poder económico y político; y la antigua fe en el excepciona-

²⁵ Mark Kurlansky, *The Basque History of the World* (New York, 1999).

lismo norteamericano ha decaído. El grupo religioso más grande de los Estados Unidos es el catolicismo; las personas de origen europeo son una minoría en muchas regiones. Es decir, la antigua identidad nacional, que era anglosajona y protestante, ya no se puede sostener, ni tampoco, en consecuencia, la identidad nacional española como la antítesis de la nuestra. Si ya no estamos seguros de quienes somos “nosotros”, no podemos saber con certeza quienes son “los demás.”

Por estas razones, es bastante borrosa la imagen de España en Estados Unidos hoy en día. Lo que queda es bastante positiva. En los colegios y universidades, el castellano tiene casi un monopolio entre los que estudian idiomas. Si es verdad que se enseña la lengua tal como se habla en Latinoamérica, los libros de texto siempre incluyen información sobre la lengua y la cultura españolas. En las escuelas públicas los libros de texto de historia ya no empiezan la historia nacional con el peregrinaje transatlántico de los puritanos ingleses, sino con la colonización española en las Américas. Describen las crueldades de los conquistadores, sí; pero reconocen que los colonizadores ingleses y franceses también trataban mal a las gentes indígenas. Los historiadores profesionales han dejado atrás los tópicos del fracaso y la diferencia españoles. En sus libros sitúan la historia española dentro de la historia general de Europa.

Ahora bien, a pesar de estos cambios, el mito de la España Romántica y del “concepto festivo de la vida” vive aún, aunque de una forma modernizada. Los jóvenes norteamericanos siguen soñando con hacer los sanfermines, que es la única fiesta española que recibe atención en la prensa norteamericana año tras año. Durante los años 80, *la movida* atraía a los jóvenes e inquietos; ahora es Ibiza. Durante los últimos 15 años los bares de tapas se han puesto de moda en las ciudades norteamericanas, en un esfuerzo de recrear el ambiente simpático de los bares y mesones españoles. Las películas de Pedro Almodóvar han transmitido la idea de que los españoles viven y aman con intensidad extraordinaria. Se admiran a atletas como Arantxa Sánchez Vicario y Sergio García por la resolución y energía con que juegan. Y los turistas norteamericanos que van a España vuelven con recuerdos de fiestas de toros, flamenco, almuerzos largos y tranquilos, cenas a horas muy tardes, y calles y plazas llenas de gente a todas horas.

Los que viajan buscan un escape de la vida normal, y suelen ver selectivamente; van con el estereotipo en la cabeza, y ven lo que esperaban ver. Pero hay que reconocer también que la cultura de España y la de Estados Unidos son suficientemente distintas como para nutrir la fantasía y sostener aún los mitos tradicionales. En España los americanos encuentran formas de vida que se echan de menos en su propio país, como la sociabilidad, el equilibrio entre el trabajo y el descanso, y el espíritu comunitario. Estos días, cuando se imaginan a los españoles, sueñan con ser más como ellos.